

Véase á la Reforma en sus últimas consecuencias. Formáronse treinta y dos sectas en Polonia después de Socino, sin estar acordes entre sí, más que en negar la divinidad de Jesucristo, y que como los mahometanos, reducian el dogma á un solo Dios y á castigos y recompensas finales. Como se ve, durante el reinado de Carlos Quin-

to, cuya historia vamos á terminar inmediatamente, aconteció la lucha más importante de los siglos modernos, lucha que tanto habia de influir no sólo en los destinos de Europa, sino tambien en los de todo el mundo civilizado, puesto que éste desde entonces se halla dividido en dos campos: el catolicismo y el protestantismo.

CAPÍTULO XXII

MUERTE DE CÁRLOS QUINTO.—BATALLA DE LEPANTO.

La historia debe adoptar en adelante otra distincion, la de países católicos y países protestantes. La España, que habia tomado desde su origen un carácter religioso, se encontró en aquel siglo á la cabeza de los primeros. Habíase acostumbrado, por otra parte, en sus guerras con los moros, á considerar como una sola cosa la nacion y el cristianismo, y como señal de la pureza de la sangre la de la fe. Aquella generosa nacion habia adquirido en ocho siglos de combate un sentimiento profundo de patriotismo, un apego leal á su fe, noble amor hácia sus príncipes, á quienes queria tener por señores y no por tiranos. La defensa de sus derechos contra el enemigo de la patria y contra las usurpaciones del gobierno, le habian inspirado una elevada idea de sí misma, al paso que su valor se habia ejercitado en la clase de combates más propia para formar héroes, en la guerra de partidas sueltas.

Quando se reunió bajo una sola dominacion, parecia que habia de presentarse á la Europa como la nacion más grande y más temible; pero las circunstancias cambiaron su carácter. Habia recibido de Isabel y del cardenal Jimenez de Cisneros una tinta eclesiástica; la inquisicion se habia convertido allí en una institucion politica, útil para conservar la importancia real y sostener la obediencia de los súbditos; pero asustando á los grandes, asegurando la docilidad del pueblo y comprimiendo el pensamiento, se acostumbraba al odio y á la sangre. En las guerras extranjeras los españoles desplegaron la ferocidad de los bárbaros, ocupados únicamente en ejecutar la voluntad de los jefes, dando rienda suelta á su brutalidad y avaricia contra los enemigos de sus señores, ya se llamasen italianos ó franceses, flamencos ó americanos. Los hijos de aquellos admirados modelos de lealtad caballeresca se permitian los actos de perfidia más innobles

y desvergonzados. La dinastia extranjera que fué á reinar á España, ignorando las costumbres del país y orgullosa con la gloria que habia marcado sus primeros pasos, no pensó más que en evitar las trabas que las libertades históricas ponian al despotismo, y disminuir el poder de los obispos y el de las cortes. Consideró la independencia como una insubordinacion, y fué á sus ojos un acto de sedicion el atreverse á reclamar los antiguos derechos. Resultó de esto que después de haber creido la España en la alianza de la religion y de la libertad, que habian nacido juntas, vió la una conculcada y la otra anonadada.

Ya se recordará de qué modo Carlos Quinto redujo á las cortes al silencio, haciendo ejecutar á Padilla y á una veintena de los demás, después de lo cual proclamó el perdón y se dedicó á fortificar la autoridad real. Después de escluir de las cortes á los nobles y á los eclesiásticos, impuso á las comunidades la fórmula de los mandatos que debian dar á sus diputados, mandatos que se limitaron en suma á recomendarles hacer lo que el rey dispusiera. Reducidas de esta manera las cortes á una asamblea de pura forma, no pudieron reunirse sino para votar dinero, sin tener siquiera la facultad de reclamar contra los abusos del gobierno. Una vez abolidos los privilegios de las ciudades, caminó el comercio á su decadencia. Obligado después Carlos Quinto, por sus interminables guerras, á pedir subsidios extraordinarios, reunió las cortes en Toledo; pero encontrándolas tenaces, se decidió á disolverlas, y convocó en su lugar sólo á los diputados de las diez y ocho ciudades representadas, alegando que sólo los ciudadanos pagaban el impuesto.

De esta manera se destruyeron las comunidades; despojada la nobleza de aquel poder de que estaba tan orgullosa, porque lo habia adquirido con

su sangre derramada por su patria, no fué ya llamada á concurrir con su rey á la confeccion de las leyes; convertida en real de feudal que era; abrió sus filas á la corrupcion, tuvo á gloria su absoluto afecto hácia el príncipe, aun cuando cesó de ser el primero de los héroes, y disfrazó, en fin, con pomposos títulos, realzados con un fausto imponente su nulidad política.

El mismo vencedor no encontró gran provecho en su triunfo, y la úlcera roedora se descubria bajo aquella grandeza que hacia temblar á toda Europa. Pobre en medio de sus inmensas posesiones, y precisado por la falta de dinero á interrumpir todas sus empresas; mal servido por soldados que por falta de sueldo se dispersaban en el momento más importante; sin haber conquistado un solo reino, á pesar de tanta guerra y países confiscados, Carlos Quinto no pudo preservar á ninguno de sus Estados de la invasion extranjera, escepto la parte mas retirada de España. Fuéle preciso retroceder ante los turcos y verlos adelantarse por Europa más de lo que lo habian hecho en la época de su mayor poder.

Tres fines se asignan á la política de aquel príncipe: destruir la diversidad de religion, derribar la constitucion germánica, é introducir un gobierno hereditario en provecho de su familia; mas no consiguió ninguno de sus proyectos. Quiso la obediencia pasiva, y la oposicion de la reforma se suscitó contra él; aspiró á la monarquía universal, y sacrificó á ella las repúblicas italianas; pero la Suecia y los príncipes alemanes se opusieron, y ligándose contra él, le precisaron á batirse en retirada cuando se creía seguro del triunfo. A lo más pudo conceder una dilacion á los disidentes, que se aprovecharon de ella para aumentar sus fuerzas. Sin tener á su disposicion más que recursos que no estaban en proporcion con sus designios, vióse obligado á recurrir á los espedientes rentísticos, que arrebataron los capitales á la circulacion y crearon el pauperismo industrial. Acostumbráronse las tropas á vivir del saqueo, á falta de paga, y toda clase de estorsiones suplieron á las contribuciones regulares. El monopolio de los oficios, los derechos onerosos de entrada y salida, las fábricas imperiales y las licencias costosas, eran abusos puestos ya en práctica; pero Carlos Quinto los convirtió en medios habituales de administracion: la libertad del comercio fué reemplazada por restricciones y exclusiones y las colonias sacrificadas á la metrópoli. Separóse el espíritu público de los medios comunes de produccion, para dedicarse á operaciones espuestas. Todas las formas protectoras fueron abolidas por gobernadores despóticos, y la aristocracia de los pergaminos y de la espada volvió á tomar importancia de tal modo que produjo un feudalismo bastardo (1). Entre tanto confiaba á la ventura y á

(1) «Esta fué la época de todas las malas ideas, de todos los malos sistemas de industria, política y religion: no cometemos en el dia una falta, ni obedecemos á una

la avaricia la conquista del Nuevo Mundo, que hubiera podido ofrecer campo al valor guerrero de la nacion y ayudar á las empobrecidas rentas

Uno de los hechos mas importantes y menos observado del reinado de Carlos Quinto (que el mismo Robertson no trata), fué la introduccion en el imperio de una legislacion general. Habíanse esforzado los emperadores en consolidar en él el derecho romano; pero los señores permanecian firmemente afectos á las antiguas costumbres. Absortos entonces por la querrela religiosa y el temor de perder su libertad, no fijaron su atencion en las *Carolinias*, constitucion penal obligatoria promulgada por Carlos Quinto durante la dieta de Ratisbona de 1532, que atribuíla al derecho escrito los casos imprevistos, y al trono la decision de las causas. De esta manera se encontraron destruidos los restos del procedimiento aleman, al cual se sustituyeron la instruccion secreta y el tormento. Sólo por consideracion á las antiguas costumbres debía el juez ser asistido de dos personas, tuviesen ó no los conocimientos necesarios, lo que importaba poco; ahora bien, este acto fué la base de la ley y de la instruccion criminal en Alemania.

Fernando, su hermano, á quien hizo elegir rey de los romanos, lo puso todo por obra para hacerse reconocer por los Estados descontentos; y fué después un obstáculo insuperable para Carlos Quinto cuando éste quiso hacer pasar á la cabeza de Felipe, su hijo, la corona imperial. Tenaz en obtener para este hijo lo que no habia podido obtener para sí mismo, empleó Carlos Quinto las amenazas y promesas para determinar á Fernando á cederle sus derechos al imperio. Le preparó la soberania de Inglaterra haciéndole contraer matrimonio con la heredera de aquel reino; y sólo dió trescientos mil escudos á su hija, aunque le habia prometido en dote el ducado de Milan, con objeto de no disminuir los Estados de Felipe. Poco reconocido sin embargo aquel príncipe á tanto afecto, lejos de contentarse con Nápoles y Milan, aspiraba tambien á los Países-Bajos; y para obtenerlos no consideraba ni á su padre. Cansado de tantas contradicciones, adquirió Carlos Quinto tristeza y recelos; y en el espacio de nueve meses no puso una firma ni dió una orden. Resuelto en fin á abandonar á su hijo los Países-Bajos y la España, verificó esta renuncia en Bruselas en una pomposa asamblea, donde se alabó con razon de su prodigiosa activi-

sola preocupacion industrial, que no nos haya sido legada por aquel poder maléfico, bastante fuerte para convertir en ley sus más fatales aberraciones. No, nunca la ciencia encontrará términos bastante enérgicos, ni la humanidad bastantes lágrimas para atacar y deplorar las acciones nefastas de aquel reinado. Felipe II, de siniestra memoria, no ha hecho más que sacar las consecuencias; Carlos Quinto fué quien sentó las bases. Pero los atentados del hijo cesaron con su vida, y las doctrinas del padre son un obstáculo, después de tres siglos, á la marcha de la civilizacion.» BLANQUET, *Hist. del econ.*, I, XIV, 21.

dad, recordando que hacia diez y siete años que su pensamiento no habia cesado de tener por objeto la gloria del gobierno; que habia querido verlo todo por sí mismo; que con este fin habia estado nueve veces en Alemania, seis en España, cuatro en Francia, siete en Italia, diez en los Países-Bajos, dos en Inglaterra, otras tantas en Africa, y que habia atravesado once veces los mares. Añadió que se acordaria siempre del afecto de sus flamencos, y rogaba á Dios por su prosperidad. No obstante, no recomendó á Felipe hacerse amar de sus súbditos y sí sostener la santa fe y la inquisicion (2).

Poco después renunció en favor de su hermano Fernando sus posesiones de Alemania y el título de emperador (1556); y como descargado de un insoportable peso, volvió á aquella España que no habia satisfecho ni en sus intereses ni en sus sentimientos. Apenas desembarcó en Vizcaya, cuando se prosternó en el suelo exclamando: ¡Oh madre comun, desnudo he salido de tu seno, y desnudo vuelvo á él! Dos años vivió en el convento de Yuste, en Extremadura, cultivando su pequeño jardín y ocupándose en trabajos mecánicos y ejercicios de piedad. Como no podia conseguir poner acordes dos relojes: ¡Qué loco era! exclamó, ¡he pretendido, no obstante, reducir á la uniformidad tantos pueblos diferentes en su lenguaje y clima! Permaneció atormentado por dolores de gota y por arrepenimientos de su abdicacion. Viendo que ya el mundo no pensaba en él, quiso gozar anticipadamente de los honores de la tumba, y se hizo hacer sus funerales, acostado en su ataud (3), á donde no tardó en bajar realmente, á la edad de cincuenta y ocho años (1558). Reanimóse entonces para él el esplendor imperial eclipsado por un momento. Celebráronse en su honra sesenta y cuatro mil misas, y dos mil catafalcos, que costaron seis millones de ducados, rodearon los restos de aquella gloria, cuya vanidad habia proclamado.

Carlos Quinto fué uno de los hombres más notables y más funestos de que la historia hace mencion. La opresion de la Italia, las matanzas de los Países-Bajos, sus vacilaciones en Alemania, su ignorancia en economia política, no deben, sin embargo, hacer desconocer su grandeza. Sencillo en su manera de vivir, detestaba la embriaguez; ignoró el reconocimiento y conoció poco la confianza; irascible, obstinado, no sufría contradicciones, y tanto más tenaz en sus voluntades cuanto más adelanta-

(2) Véanse las instrucciones de Carlos Quinto á Felipe II, traducidas al francés por Antonio Teissier. La Haya, 1700, en 12.º

(3) Maximiliano I padeció tambien aquellos accesos de melancolia. Descontento de un palacio que hacia edificar en Inspruck: *Haré construir, dijo, otra morada*, y llamando á un carpintero le encargó un ataud; después le hizo poner con los paños y todos los objetos necesarios á los funerales, en una caja que llevaba continuamente consigo, y muchas veces le dirigia la palabra. FUGGER.

ba en edad, no hacia más que su gusto. No fué guerrero por su caracter, sino sólo por hacer frente á Francisco I, y la prosperidad de sus armas le inspiró osadia. Preguntándole los diputados de Barcelona el dia de su entrada en aquella ciudad, después de su coronacion como emperador, de qué manera queria ser recibido: *Como antes*, contestó; *el conde de Barcelona vale en mi opinion tanto como el emperador de los romanos*. Cuando iba á embarcarse para Argel, tratando Andrés Doria de inclinarle á no verificarlo por la mala estacion, le decia: *Si nos damos á la vela, todos pereceremos*; mas él contestó: *Vos después de haber vivido setenta y dos años, yo después de veintidos de imperio*. Viéndole el conde de Buren, con quien tenia mucha familiaridad, cojear por la gota, le dijo: *El imperio cojea*.—*No son los piés los que gobiernan*, replicó, *sino la cabeza*. Después de su abdicacion vió su bufon, Pedro de San Erbas que se le quitaba el sombrero, lo cual le sorprendió mucho; pero el emperador le dijo: *No me queda otra cosa que darle que esta demostracion de cortesania*.

Le gustaba leer á Tucídides en italiano, y las Memorias de Comines. Como los grandes de su corte se manifestaban descontentos de que se entretenia mucho tiempo con Guicciardini, les contestó: *En un abrir y cerrar de ojos puedo hacer cien grandes como vosotros; pero sólo Dios puede hacer un Guicciardini*. Habiéndose caído al suelo el pincel del Ticiano cuando hacia su retrato, le recogió diciendo: *El Ticiano merece ser servido por César*, y añadió: *Es la tercera vez que me daís la inmortalidad*. Tambien dijo: *Los literatos me instruyen, los negociantes me enriquecen, los grandes me despojan*. Aun se citan en él las palabras siguientes: *La larga reflexion es la garantia del buen éxito. El tiempo y yo contra otros dos. Los Estados se gobiernan por sí mismos cuando se les deja obrar; los innovadores no producen más que turbulencias*. Decia tambien que un buen ejército debia tener la cabeza italiana, el corazon aleman y el brazo castellano.

La casa de Austria tiene con justicia orgullo por haber producido un hombre sin haber tenido el segundo, y que la elevó á tal altura, que toda la Europa tembló por temor de verse sujeta á su yugo. La Italia no puede pronunciar su nombre sino suspirando; la Iglesia considera en él á un príncipe indeciso, que no supo conservar vigorosamente lo pasado, ni dirigir los movimientos serios, que hacian dar en el porvenir mayor importancia á los nuevos intereses de los príncipes y de los pueblos. No consiguió sacar de las guerras, estremadamente sangrientas, y de las severas persecuciones más que treguas é interinidades; dejó á los turcos que tomasen á Rodas, cuando su más honrosa mision, como jefe de la cristiandad, era triunfar de ellos. La gloria de la espedicion de Tunez fué empañada con el desastre de Argel.

Fuélle, sin embargo, preciso gran inteligencia y valor para sostener la guerra civil en España, el

ataque de los turcos guiados por un gran capitán, la rivalidad de la Francia, y hacer frente a las sublevaciones de los protestantes. Aunque no consiguió ninguna de las empresas; aunque no pudo, en el espacio de treinta y cinco años, hacer otra cosa que manifestar la impotencia de su genio contra imperiosas circunstancias; aunque concluyó por abandonar una carga, de la que no había conocido más que las penalidades, no se le puede negar el nombre de grande en un siglo en el que los grandes hombres abundaron.

Cuando los turcos se lanzaron desde el Norte y desde el Mediodía, comprendió la oportunidad de la cruzada, de que Jimenez de Cisneros había dado la señal. La guerra que comenzó contra los turcos no concluyó con él, y Seim, sucesor de Soliman, rompió la paz que duraba hacia treinta años con Venecia, sólo por el motivo de que los vinos de Chipre eran de su gusto (4). Cien galeras y doscientos veinte y cuatro barcos de menor porte, tripulados por cincuenta y cinco mil turcos con una formidable artillería servida por renegados italianos y españoles, atacaron á aquella mal guardada isla. Después de torrentes de sangre vertida, sucumbió Nicosia, donde fueron pasados á cuchillo veinte mil hombres, y cayó en poder del enemigo. Pafos y Limasol sufrieron igual suerte. Pio V había hecho un llamamiento á toda la cristiandad en aquel peligro urgente; pero Felipe II fué el único que contestó á él, y la escuadra aliada no llegó sino dos meses después de la toma de Chipre.

Negociantes de Génova, caballeros de Malta, nobles de todos los países abandonaban aun sus familias, los placeres y las cortes, para ir á pelear contra los turcos con no menos ánimo que valor, fuera en las galeras, en Hungría ó en Transilvania. Pero ya no eran aquellos piadosos cruzados que, sin pensar en la gloria, morían ignorados como habían vivido, por Jesús y María; tenía ya mucha parte la vanidad, la bravata, el deseo de adquirir un nombre y recompensas, hacer contar sus proezas en la corte y ganar un hermoso priorato ó una odalisca. Marco Antonio Colonna mandaba las galeras del papa, Venecia puso ciento veinte y seis en el mar, la Sicilia cuarenta y nueve, á las órdenes de Andrés Doria, que por envidia tal vez de la ciudad rival de su patria, bordeó y llegó tarde. Durante aquel tiempo Marcos Bragadino se defendía en Famagusta como un héroe; y después de haber rechazado seis asaltos, capituló con honor. Lala Mustafá, que había manifestado deseo de ver á aquellos valerosos cristianos, habiéndole invitado acudir en su tienda, acompañado de algunos de sus

(4) El renegado José Massy había obtenido de Selim, en un momento en que este príncipe estaba ébrio, la promesa de la isla de Chipre. En su consecuencia, hizo todo lo posible para obtenerla, y tal vez debe atribuirsele el incendio del arsenal de Venecia (1569), y el del polvorin, que causaron tan inmensos perjuicios á la ciudad.

oficiales, fué hácia ellos; pero habiéndose suscitado una cuestión, los hizo ahorcar, descuartizar y desollar, y trató á Famagusta como á ciudad enemiga.

Batalla de Lepanto.—Reconociendo entonces los cristianos el peligro común, se convinieron en reunir cincuenta mil infantes y cuatro mil caballos: se determinó que Felipe II proporcionara la mitad de los gastos, Venecia una tercera parte, el papa una sexta, y que el botín se dividiría en la misma proporción; las conquistas de Europa y Asia debían ser de la república, y las de Africa de España. Dióse el mando de la escuadra á don Juan de Austria, bastardo de Carlos Quinto. Florencia, Saboya, Ferrara, Urbino, Parma, Mántua y las repúblicas de Génova y Luca se asociaron á la empresa. Habiéndose dado á la vela los confederados en Messina, vieron á la altura de las islas Curzolari á la escuadra turca, que compuesta de doscientas veinte y cuatro velas, salía del golfo de Lepanto (7 octubre de 1571), á las órdenes de Ali Bajá. «Entonces colocaron en el sitio más alto las imágenes de Cristo crucificado... y estando todos arrodillados delante de ellas y cada uno pidiendo humildemente perdon de sus pecados, se aumentó de tal modo el ánimo de pelear y el valor en los soldados cristianos, que en un momento y casi como por milagro se levantó por toda la armada en general un grito de alegría, que repitiendo en voz muy alta: ¡Victoria! ¡Victoria! podían oírlo hasta los mismos enemigos (5). Llegaron á las manos: Ali fué muerto; asustados y destrozados los turcos, sufrieron la pérdida de veinte y cinco mil muertos y diez mil prisioneros; quince mil cristianos encadenados en sus galeras recobraron la libertad.

Las relaciones de aquella época atribuyen á los venecianos el mérito de aquella victoria; pero la opinión popular honró con él á don Juan. A la noticia de aquel triunfo, exclamó el papa en su alegría: *Fuit homo misus a Deo, cui nomen erat Johannes*; pero el impávido y envidioso Felipe dijo: *Ha vencido sin duda; pero ha arriesgado demasiado*, y no le permitió aceptar la corona de Albania y Macedonia, que le ofrecían los cristianos de aquellos países (6). Sintió la cristiandad aun por un momento su unidad, y la santificó con milagros: atribuyó la victoria de Lepanto á la Virgen, cuyo rosario recitaban todos los fieles á la hora en que se dió la batalla; y eternizó con una fiesta anual la memoria de aquel acontecimiento y de aquella devoción.

(5) SERENO, *Comm. de la guerra de Chipre*, pág. 191.

(6) En Venecia se celebraron fiestas muy solemnes. Todo el pórtico de Rialto, en donde se hallaban los comerciantes, fué adornado de telas azules y encarnadas: las tiendas con armas y despojos turcos, entre los que se espionaban bellas pinturas de Gianbellino, Ticiano, Pordenone, Giorgione y Rafael; también había arcos, banderas, adornos, hachas, candeleros y grandes linternas. SANSOVINO; *Venecia, ciudad muy noble y singular*, lib. X.

CAPÍTULO XXIII

PAISES-BAJOS. — ESPAÑA. — PORTUGAL.

Así como Fernando el Católico, Carlos Quinto había buscado en la conquista de la Italia un medio de dominar en Europa; había dado con esto importancia á las armas españolas, y sofocado la libertad. Separada ya la España del imperio, procuraba conservar aquella supremacía apoyándose, no en fuerzas extranjeras, sino en su situación y en su propio genio. Pero Felipe II, cuyo padre en vano había procurado conciliar el amor de los alemanes y de los españoles, no obtuvo siquiera el de sus compatriotas. Lejos de tener el genio cosmopolita de Carlos, se manifestó enteramente castellano, no habló más que su lengua ni quiso otra religión ni constitución que la española. Heredero de la mitad del mundo caminó, de prosperidad en prosperidad por espacio de cuarenta años; tuvo consejos de una habilidad admirable, capitanes de genio y de valor á toda prueba; su infantería fué la mejor, y su marina la más poderosa que hubo en Europa. En todas partes batió á los insurrectos, conquistó á Portugal y consiguió las dos insignes victorias de Lepanto contra los turcos y de San Quintín contra los franceses. Sus inmensas colonias le proporcionaron inagotables tesoros. Su literatura nacional tuvo en su reinado su siglo de oro, y sin embargo, con él comienza la declinación del Austria y la deplorable ruina de España.

No era ya en constituir una monarquía universal en lo que pensaba, sino en inquietar á los reinos más bien que en conquistarlos. Siendo su intención hacerse absoluto en sus Estados y fuera de ellos, no por la guerra sino por las elucubraciones de la política, y volver la Europa al catolicismo con la violencia; aparece en las historias de la época como espantajo de toda libertad, y cómplice de todas las tentativas de despotismo. Estendió por Alemania, Francia é Inglaterra los millones adquiridos á precio de la efusión de sangre americana, para com-

prar allí torrentes de sangre cristiana. Creía fuerte su voluntad porque era obstinada, y habiéndose puesto al abrigo de los remordimientos con la devoción, se forjaba un deber á su modo. La independencia religiosa era á sus ojos un crimen de lesa majestad; por esto fué su principal aliada la inquisición, cuyos rigores parecían justificados ó escusados por los males que la herejía había producido en Alemania y Francia. Como asistiese á un auto de fe, contestó á uno de los condenados que le hacía un cargo por tolerar tan bárbaro suplicio: *Se lo haría sufrir á mi hijo si fuera hereje*.

Holanda.—Su celo por introducir por todas partes la inquisición produjo la rebelión de los Países-Bajos, acontecimiento el más importante de su reinado. El nombre de Holanda (1) indica la naturaleza de aquella comarca, formada de la llanura que descende al mar de Alemania, y está en varios puntos hasta bajo el nivel del mar. El hombre está allí, pues, destinado á luchar sin cesar contra la naturaleza, dirigiendo las aguas por infinidad de cauces para fecundar el terreno formado sobre piedra, y oponiendo poderosos diques al Océano, que en sus momentos de calma, balancea sus olas más elevadas que los techos de los industriosos habitantes. Se encuentran allí como en una ciudad sitiada sus atentos vigías, dispuestos á dar la señal de cerrar las salidas y salvarse si el terrible elemento llega á inundar algún punto. No hay año que no se abra paso por uno ú otro lado: entonces la desolación se estiende por toda la campiña, en la que resuenan gritos de alarma y el sonido de la campana. Todos se apresuran á apoderarse de los objetos de su afecto, cargarlos en barcas y huir, bogando por encima de las casas y jardines donde

(1) *Holland*, país hondo